

PROTEGIDO

EDITORIAL

Nueva luz

Will Pulgarín

EDITORIAL

Nueva luz 21.º a.



Reservados todos los Derechos. El contenido de ésta obra está protegida por la ley, que establece penas de prisión y/o multas además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en total o en parte, ésta obra literaria y artística. Se hace extensivo a todo cambio, transformación, ejecución artística o reproducción de la misma, a través de cualquier medio sin la expresa autorización del autor y la editorial.

Protegido

Will Pulgarín

2018 - ©Editorial Nueva Luz 21, C.A.

2018 - ©Editorial Nueva Luz 21, C.A.

Primera Edición: 2018 – Formato

Impreso Derechos Reservados

Editorial Nueva Luz 21, C.A.

RIF.: J-407556932

Diseño Portada: Merlen Pérez

Diagramación y Montaje: Alberto

Uzcategui

Edición: Subeidy Cabaña

Editorial Nueva Luz 21 C.A.

editorialnuevaluz@gmail.com

Hecho el depósito de ley

Caracas-Venezuela

ISBN.:978-980-7827-3





PROTEGIDO

Will Pulgarín





***“Hay un modo de que me hagas completamente feliz...
Amor mío, muérete”.
(Jaime Sabines)***

***“Y como un ángel cuidarás de
mi... Cuando me pierda y deje de reír...”***



Dedicatoria

Para mi madre, Ximena Ferraro & Tatiana Uribe.

“Por ser mis ángeles guardianes.”



PREFACIO

Afuera la lluvia también estaba de fiesta. Era como si el clima sintiera la furia que me quemaba por dentro.

Subí al auto lo más rápido que pude.

El cabello húmedo se me pegaba a la cara mientras las lágrimas se mezclaban con las gotas de lluvia.

Me sentí ahogado.

La ropa me pesaba, y no era por el agua. Todo me estorbaba. Me sentía estrecho, en un espacio pequeño y sin salida. Me quité el chaleco y aflojé la corbata desesperadamente. Temblaba de rabia.

Apresurado encendí el auto. Sofocado en llanto me puse en marcha. Las lágrimas me borraban la visión.

¿A dónde ir? No tenía idea. Sólo quería marcharme lo más lejos posible.

No estaba de humor para hablar con nadie; y en casa la presencia de mi madre sería una molestia. Sin contar que Lucie podría ir a buscarme.

En el asiento trasero mi móvil sonaba en el bolsillo del chaleco. Después de unos segundos, escuché el tono que avisaba un mensaje de voz en mi buzón.

Irritado, aceleré aún más.

La carretera estaba desierta y la lluvia golpeaba mi auto con furia. El viento azotaba los cristales de las ventanas haciendo que mi visión, empañada también por el llanto, fuera cada vez más borrosa.



Pero no bajé la velocidad. Quería alejarme, olvidar, huir... Desaparecer.

Cada segundo que pasaba mi pie se hundía con fuerza en el acelerador. No me importó exceder el límite de velocidad. Ni tenía idea a dónde me dirigía. Era como si la velocidad dejara atrás todo el dolor.

Fue cuestión de segundos para perder el control del auto. Al doblar una curva los frenos no respondieron de inmediato y la húmeda calle hizo que las llantas del coche patinaran en el pavimento.

Un segundo antes me encontraba conduciendo en la carretera y al siguiente mi auto rodaba sin control colina abajo.

Estaba atrapado. El cinturón de seguridad evitaba que saliera volando por la ventana. Mi cuerpo se sacudía a cada vuelta. El auto rodaba tan rápido que yo no tenía tiempo de reaccionar. Un fuerte golpe hizo que me brotara un hilo de sangre de la frente.

De repente el auto se estrelló contra un enorme tronco que lo detuvo de inmediato. Desgraciadamente, como suele ocurrir en estos casos, el auto quedó boca arriba; lo que me dificultaba más poder salir.

Un mareo debilitante se apoderó de mí.

Mi móvil volvió a sonar y esta vez tuve un desesperado afán por contestar.



Estaba aturdido de dolor, no sólo por la herida en mi frente; sentía mi brazo izquierdo doblado de un modo extraño y mis piernas no reaccionaban.

El llanto acudió nuevamente dando paso a la desesperación y el miedo de quedar atrapado allí.

¡Quería desaparecer, no morir!

El incesante sonido del móvil comenzó a irritarme. Desesperado, luché con las pocas fuerzas que me quedaban para tratar de salir del auto... pero todo era inútil.

Una pequeña luz amarilla y un fuerte olor a combustible activaron más mi alarma de pánico. La débil llama que salía del auto se incrementaba a cada segundo gracias al líquido que se escurría serpenteando.

Por más que traté, me fue inútil salir de allí. Mi cuerpo estaba atrapado entre el asiento y el volante. Mi brazo izquierdo y mis piernas completamente inútiles ante mis órdenes. El dolor daba paso a la impotencia. Mi cuerpo se quedó sin energía fácilmente.

El fuego aumentó con un calor abrasador que rodeó todo el coche.

Antes de que el auto explotara en llamas, perdí el conocimiento.



PRIMERA PARTE



Capítulo Uno

Dos meses antes...

Os voy a contar una historia: Había una vez un chico que seguro de que ese sería el mejor año de su vida, marchó de casa a su primer día en la universidad.

Lastimosamente, mi vida no es como en los cuentos...

Me sentía nervioso, perturbado. No podía explicar el por qué repentino ataque de histeria. No presentía nada bueno para ese día.

Hacía menos de veinticuatro horas me creía la persona más feliz del mundo. Deseoso de que al fin se llegara el gran día y comenzar con esa nueva “aventura” que suponía la vida en la universidad. Pero ahora sólo quería marcharme a casa. No quería saber de nada ni de nadie... no podría explicar por qué me sentía de ese modo; a fin de cuentas yo no sería la única persona nueva en ese lugar.

Comenzaría el primer semestre en la universidad y era de suponer que todas las personas que compartirían clases conmigo serían principiantes. Aunque nunca me caractericé por ser lo que se dice amigable y, en mi opinión, prefiero ser poco sociable y taciturno; no pude evitar pensar en Ámber y suspiré algo triste. Lo peor de entrar nuevo a un lugar superpoblado de gente es entrar absolutamente solo. Pues ninguna de mis amigas me acompañaría esta vez.

Para ser sincero no eran muchas amigas. Sólo contaba con dos personas que para mí valían más que un centenar de amigos juntos. Ámber Coorey y Roxie Camyl eran las personas que más quería en este mundo. Las únicas con las que contaba y las que siempre estuvieron allí para apoyarme.



Pero esta vez todo sería diferente.

Hacia un año que nos habíamos graduado de la escuela secundaria y los padres de Roxie decidieron llevársela dos meses después de nuestros grados a otra ciudad. Sólo nos comunicábamos por e-mail. Para mi mala suerte, Ámber –que siempre había querido ser actriz– se había ganado una beca para estudiar en el extranjero y, un mes después de la partida de Roxie, también se marchó dejándome completa y absolutamente solo. De ella sólo sé que se encuentra en Wisconsin trabajando como actriz de teatro.

Extrañaba a mis amigas, a mis *únicas* amigas; se me hacía increíble contar que no las veía hacía casi nueve meses. No pude evitar sonreír al pensar en Ámber y lo molesta que se ponía cuando yo me preocupaba en conocer gente nueva. Ella siempre me reprochaba mi estado solitario y era la que más insistía en que debía aprender a socializar.

Me estaba imaginando el sermón que me daría si se enteraba que no quería entrar a ese enorme lugar lleno de aulas y lo mucho que me fastidiaba tener que empezar de cero y hacer nuevos amigos sin ellas cuando mis ojos se posaron en el reloj del toca discos; la hora me acusaba de que llevaba más de diez minutos sentado en mi coche sopesando la opción de desabrocharme el cinturón y buscar mi aula de clase o darle un giro a la llave y conducir de vuelta a casa.

Sabía que me comportaba como un niño chiquito. Pero en el fondo no sólo era el recelo de llegar nuevo a un lugar con gente nueva a tratar de hacer relaciones nuevas. Presentía algo que no me dejaba tranquilo.

No sabría explicarlo bien; era algo así como sentirse *fuchi*. Y la idea de estudiar en la universidad ya no me parecía tan divertida.



Otros cinco minutos me tomaron para cargarme de valor y decidir que no podía decaer de ese modo. Tarde que temprano debía ingresar y la ausencia de mis amigas no podía afectarme. Sé que a ellas les dolió dejarme, pero la vida continúa y si ambas siguen su camino yo tenía que hacer lo mismo.

Abrí la mochila y busqué mi horario de clase junto con el mapa del campus. Mi primera clase sería en el edificio D, bloque 4, aula 306.

Con un suspiro bajé del auto y me dirigí a clase.

Otra cosa que me hizo pensar en Ámber y en Roxie fue cuando no supe dar con el salón correspondiente. A ellas les hacía gracia mi falta de orientación y lo torpe que era para encontrar una dirección. Y justo ahora me estaba ocurriendo.

Sabía de sobra que ya había llegado tarde a clase; fueron casi veinte minutos perdidos en el auto y llevaba diez más sin poder encontrar el aula. Al final tuve que resignarme y preguntar a uno de los vigilantes del edificio.

¡El estúpido mapa sólo sirvió para liarme más!

Cuando por fin llegué al salón me sorprendió ver la cantidad de gente que había allí reunida. No pude evitar dar otro suspiro.

Mi suspiro tuvo que ser fuerte; aunque no fuera mi intención, pues un hombre rechoncho y moreno, con unas gafas cuadradas y un bigote que si se lo cortaba un poco le serviría de peluca para su calvicie; se encontraba escribiendo unas palabras en el pizarrón cuando se volteó a mirarme.

—Lo siento. —dije con voz apagada. —Se me hizo tarde.

—¿De verdad? —fue su respuesta irónica.



En silencio me adentré en el aula buscando un asiento vacío con la mirada. Agradecí al cielo ver una silla solitaria en un rincón apartado.

El hombre escribía su nombre en el pizarrón; “señor Morris”, seguido de su dirección electrónica y el código de dicha materia que, según dijo, sería importante cuandouviéramos que entregar los deberes.

La clase estaba en completo silencio y yo no dejaba de sentirme perturbado. El señor Morris empezó a hablar y hablar explicándonos su no sé qué de metodología de enseñanza y las razones por las cuales podríamos llegar a reprobar.

Mi incomodidad se asemejaba a la de estar en la iglesia sin poder dormir ni levantarme por miedo a interrumpir el sermón del Cura y sin que mi madre me diera un pellizco.

Al cabo de unos minutos, el señor Morris propuso realizar una “actividad de integración”. Nos ordenó sentarnos en círculo de modo que todos pudiéramos vernos el rostro y uno a uno debíamos hacer una pequeña presentación personal.

Volví a suspirar de mala gana.

Con desánimo me levanté y arrastré mi silla para formar un círculo con las demás personas.

Consulté el reloj de pared... ¡Dios! Un bloque entero de clase y no llevábamos ni la hora completa. Con mi humor se me estaba haciendo eterno el día y esa era sólo la primera clase. *Lengua Materna* era una de mis asignaturas favoritas y en ese lugar se me estaba haciendo tediosa. No quería ni pensar qué sería de las demás asignaturas.

Abrí la parte trasera de mi cuaderno e hice lo que todo el mundo hace cuando se aburre en una clase: empecé a dibujar.



Y así, poco a poco me fui desconectando. Grabe error.
—¡TÚ! —un grito me sobresaltó.

Alcé la vista de mi cuaderno para ver a un calvo y
barbado señor Morris que me fulminaba con la mirada.

—¿Impuntual y sordo? —me dijo.

Algunas personas se rieron y sentí el color subírseme
a la cara.

—¿Disculpe? —dije adoptando el tono más grosero
que pude.

—¿Estás en clase, chico? —me preguntó.

—¿Es que no me ve? —lo desafié.

—Pues no parece. ¿Por qué no atiende a lo que digo?

—¿Y qué es lo que quiere? —volví a contestar con
arrogancia.

Sabía que me metía en algo grande. Si desde el primer
día discutes con un profesor la tienes hecha. Y eso no es
nada bueno.

Otros volvieron a reír.

—¿Acaso sabe lo que estamos haciendo, joven? —el
señor Morris me fulminaba con la mirada.

Miré a ambos lados. Se suponía que estábamos en un
ejercicio de integración y por lo visto la mayoría de la
gente ya se había presentado ante la clase. Al parecer era
mi turno. ¡Yo no había prestado nada de atención!

—¿Y bien? —insistió ante mi silencio.

—¿Y bien... qué? —escupí.

El hombre puso los ojos en blanco y habló con el tono
de quién se dirige a un niño con dificultades cognitivas.

—¿Quiere - decirnos - por favor - su nombre - y lo
que quiera de usted?

Esta vez no fueron algunos sino la clase entera la que
se rió.

La sangre me bombeaba en las venas y me sentía
hervir. Temblando de rabia me levanté.



—Bien. —dije mirando al calvo a los ojos. Pero éste me hizo señas de que me expresara para los demás. —Mi nombre es Drake Pierce. Tengo dieciséis años y la razón principal por la que estudio esta carrera es porque algún día espero llegar a ser cronista... ¿Estoy obligado a seguir expresando lo que es obvio que a nadie le interesa o me puedo callar ya?

Sentí los ojos de los demás clavándose sobre mí cuando me senté. El señor Morris soltó una risita sutil y por su expresión deduje sus pensamientos.

¿Tenía una guerra declarada con un profesor?

Después de mí siguieron más personas. Sus nombres se me olvidaron en el momento en que lo pronunciaron y despojado de todo interés volví a mi cuaderno de dibujo.

Al finalizar el ejercicio contemplé con desánimo que aún quedaba un cuarto de hora para finalizar la clase. Trataría de poner toda mi atención a lo que el profesor iba a decir a continuación pues si quería discutir conmigo, no dudaría en hacerme una pregunta y no quería volver a pasar nada por alto.

—De acuerdo. —empezó. —¿Alguien tiene algo que agregar?

Como si hubiera estado esperando esa pregunta por horas, un chico rubio que estaba sentado frente a mí levantó la mano.

—¿Sí? —lo autorizó el señor Morris.

—Tengo una pregunta, profesor. —dijo con una vana y gruesa voz.

—¿Qué quiere saber...?

—Collins. Ethan Collins.

—Sí lo sé. Yo sí puse atención a las presentaciones. —no lo miré, pero supe que esa indirecta iba dirigida a mí. —Adelante, adelante, ¿qué desea?



Para sorpresa mía, y la de todos; el chico fijó su mirada en mí.

—Sólo quería saber si usted es gay. —no era una pregunta.

Un silencio repentino se creó en el salón y el ambiente cambió por completo. Todo se puso pesado y bochornoso. ¿Por qué me preguntaba eso?

—Bueno... —el señor Morris pareció incomodarse ante aquella pregunta. Hasta para él eso ya era demasiado con respecto a mí. Además el tal Ethan no se veía para nada avergonzado de su pregunta, al contrario; una sonrisa se dibujaba en su rostro. —Creo que eso no es algo que nos incumba, señor Collins. —dijo el profesor. —Pasemos a lo que...

—¡NO! —lo interrumpí. La cólera no me dejaba pensar con claridad. Ya estaba cansado de los estereotipos y los prejuicios de la gente. No dejaría que todo fuera igual que en la secundaria... ya estaba harto de todo. —No tengo ningún inconveniente en contestar a esa pregunta, profesor. —pero era a Ethan a quien miraba al hablar. —Si él tiene la franqueza de preguntar yo debo hacer lo mismo y responder. ¿No cree? —sonreí.

El señor Morris estaba algo acalorado. Me autorizó con una extraña seña de sus manos temblorosas.

Volví a mirar a Ethan.

—¿Por qué la curiosidad? —quise evadirlo un poco.

—Bueno, sin sonar grosero pero... ¿Es o no es usted gay?

—Bueno, —traté de imitar su tono de voz. —sin sonar grosero pero... ¿Eso a usted qué le importa? —la sonrisa se borró de su rostro. —Digo; —continué. —mis preferencias sexuales no son asunto suyo... Y si lo que le preocupa es que pueda llegar a sentir algo por usted,



tranquilo; no me interesa. ¡Vamos, que yo puedo tener malos ratos, pero no malos gustos! Además, debe ser incómodo un beso con usted; creo que ya de por sí es mucho tener la cara desfigurada y encima que la vida lo castigue con esos dientes de castor...

La clase estalló en una sonora carcajada.

¡Drake: uno. Ethan: cero!

Temblando de rabia y con la cara colorada el chico se levantó de un brinco; apreté los puños listo para defenderme. No iba a dejar montarme bronca ni mucho menos que me golpearan.

Con buenos reflejos, otro chico que estaba sentado al lado de Ethan se apresuró a detenerlo antes de que éste pudiera llegar al extremo del círculo donde yo me encontraba. Lo cogió del brazo y lo jaló hacia atrás impidiendo que siguiera avanzando.

—¡Ethan! —le rugió.

Éste lo fulminó con la mirada.

—¿Vas a defender a este *mariquita*?

—Deja de ser infantil. —contestó el otro. —¡Te lo has buscado! ¿Ahora pretendes enojarte?

—BUENO, BUENO. ¡YA BASTA! —Gritó el señor Morris. —Siéntense los dos. La clase está por terminar y vamos a dejar las cosas así. Señor Collins, el señor Evans tiene razón. Usted mismo se lo buscó por estar entrometiéndose en la vida ajena.

Ethan seguía fulminándome con la mirada y resignado volvió a sentarse. El señor Morris nos permitió salir los cinco minutos faltantes y mientras todos se alejaban del aula yo permanecí allí sentado, atónito.

Para sumarle a mi sorpresa, el señor Morris me habló de una manera amable y serena.

—Drake, debes ir a tu siguiente clase... y por favor no vuelvas a llegar tarde.



Asentí con la cabeza. Guardé mi cuaderno y volví a sacar el mapa junto con el horario. Mi siguiente clase era en el bloque A. Debía regresar y subir un sinfín de escaleras. Guardé todo apresuradamente y salí del aula corriendo como un loco. Lo que menos me apetecía era llegar tarde y que se repitiera nuevamente la escena.

La siguiente clase fue tranquila. Llegué justo a tiempo y la profesora sólo se limitó a proyectar un vídeo que duró el tiempo justo. Así que no tuve preocupaciones sino hasta el final de la clase. Acababa de caer en cuenta que no compartía aula con las mismas personas de la clase anterior. Aunque todos éramos del mismo programa, al parecer teníamos horarios diferentes. Sólo reconocí a cinco o seis personas, entre ellas el chico que había impedido que Ethan me golpeará. Al ver que el bruto ése no estaba me tranquilicé, al menos no siempre tendría que verle la cara.

Estaba equivocado.

Me encontraba formado en la cafetería antes de la siguiente clase cuando sentí un empujón que me sacó de la fila.

—¿Contento, mariquita? —Ethan estaba con tres chicos más. Y los cuatro me miraban con ojos venenosos.

—¿Por qué no me deja en paz? —le pedí. —Yo no le hice nada. Usted fue el que comenzó.

—Y a mí qué me importa. —dijo muy sínico. —La gente como usted da asco. ¿No se lo han dicho?

—¿Y va a empezar de nuevo? —apreté los puños.

—¿Y qué me piensa hacer? —se mofó. —Mire que si me golpea se le daña la manicura.

Todos cuatro rieron y yo, sin pensarlo, me abalancé sobre él.



Pero cuando estaba a unos centímetros de distancia, con un Ethan con los puños levantados y tres gorilones dispuestos a defenderlo, algo volvió a jalarme nuevamente hacia atrás.

—¿Esto no se va a acabar nunca? —era ese chico otra vez.

—¿En serio vas a volver a defenderlo? —le preguntó un Ethan molesto.

El otro lo fulminó con la mirada.

—¿Puedes dejar las niñerías? —le reprendió. —Por Dios ¡Estamos en el siglo veintiuno!

Tenía razón. Ethan aburría con su homofobia.

—Avergüenzas a la familia, primo. —le dijo.

¿Así que eran primos?

—No. —se defendió el otro. —Tú eres el que lo hace con esa forma de ser tan inmadura. ¡Admítelo ya por favor! Este chico no tiene la culpa de nada. Hoy en día su condición es tan normal como la nuestra. Esa discriminación es sólo por ignorantes... y tú no has madurado en nada.

Esto se estaba poniendo un poco embarazoso. Estaban discutiendo en una cafetería llena de gente sobre mí ¡Sobre mi orientación sexual! Y me estaban convirtiendo en el centro de atención.

—¡Bueno ya está bien! —los corté. —No quiero más broncas. De verdad no veo cuál es su problema; le juro que no deseo tener ni el más mínimo contacto con usted. Viva su vida que yo sabré cómo vivo la mía.

Esta vez fue uno de los chicos que lo acompañaban quién se dispuso a golpearme. Y confieso que de ese sí tuve miedo. Era grande y musculoso, de brazos y hombros anchos y su pecho se marcaba en su apretada camisa dejando claro las horas invertidas en el gimnasio.



Un golpe de él a un enclenque como yo y saldría volando hasta la China.

Pero por suerte ahí estaba el otro chico aún a mi lado.

—¿Y a ti qué te pasa? —lo detuvo de un empujón.

—Quítate Evans. No quiero tener problemas contigo. —le dijo.

—Pues vas a tenerlos si te metes con éste chico. —esto ya era el colmo. Aunque agradecía que me defendiera. Me estaba sintiendo la persona más humillada e incómoda del mundo. —Él no ha hecho nada más que enfrentarlos con la verdad. Ustedes no tienen derecho a molestarlo. Sigán en lo suyo y déjenlo tranquilo con su vida.

Ethan le dirigió una mirada a sus amigos que con un gesto se alejaron de la cafetería.

Me dispuse a hacer la fila nuevamente sintiendo cómo las miradas de todos los presentes se clavaban en mí.

—Lo siento mucho. —no me había dado cuenta que el chico se había formado tras de mí.

—Descuida. —le dije. —Soy yo el que debe agradecerte.

—No es nada. —sonrió. —Ethan no ha podido madurar. Su hermano era abogado en un bufete y desde que se fugó con un colega; Ethan siente bronca con el mundo, como si los demás tuvieran la culpa. Su hermano mayor era una especie de héroe que al final lo decepcionó.

—Bueno, no lo culpo. Debió ser duro para él. —dije con sincera compasión.

—Lo fue. —asintió.

—¿Así que primos? —fue lo primero que se me ocurrió para cambiar un poco el tema.

—Sí. Su madre es mi tía. Él no es tan malo cuando se le conoce bien.



—No me interesa, gracias. —dije en tono seco y cortante. La fila había avanzado y estábamos a punto de llegar a la barra. —Ni él ni nadie en particular.

Estaba teniendo un día de locos y eran esos los momentos en los que deseaba tener a Ámber y Roxie para no sentirme tan desgraciado.

—¿Ni siquiera un amigo? — con esa pregunta me sorprendió.

Lo miré extrañado.

—Bueno, he demostrado que no soy tan malo. —rió. No pude evitar reír también. —Además, no puedes quedarte sólo cinco años en una universidad. Por más que quieras eso es imposible. ¿Y qué ventaja es tener de amigo a alguien que puede salvarte de su propio primo?

—No me interesa, gracias. —repetí. —No necesito guardaespaldas.

—Lo siento. No era mi intención decir... sólo... sólo era una broma. —se defendió avergonzado.

¡Auch por él!

—Tampoco era mi intención. —me disculpé. —En mi cabeza algunas palabras no suenan tan groseras como cuando las pronuncio.

Me sonrió. Yo traté de devolverle la sonrisa pero fue más una mueca forzada.

Al fin llegamos a la barra. La señora de la cafetería nos tomó el pedido y al instante llegó con la bandeja. Yo trataba de caminar un paso más adelante para hacerle saber indirectamente que quería estar solo. Pero él caminaba detrás de mí siguiendo el ritmo a mi marcha y se sentó conmigo cuando encontré una mesa vacía.

En silencio mordí mi hamburguesa.

Él no paraba de mirarme. Yo empezaba a incomodarme.



Fruncí el seño y con eso bastó para que él desviara la mirada y empezara a comer. Nos quedamos un rato en silencio, el que aproveché para detallarlo mejor. No era feo. Tenía un atractivo evidente, un cuerpo no tan firme como el amigo de Ethan pero sus músculos se marcaban en su ropa. Debía tener más o menos mi edad. Vestía una camisa manga larga azul rey, un color que le sentaba perfecto con el oscuro marrón de sus ojos y el negro azabache de su cabello. Además, sus labios gruesos y carnosos eran envidiables.

Sentí el color subírseme a la cara cuando éste se volteó y me descubrió observándolo. Sonrió.

Volteé la mirada y disimulé bebiendo mi malteada.

—¿Sabes? —dijo con intención de romper el hielo. —
Creo que aún no nos hemos presentado.

Lo miré. Tenía razón; él habría escuchado mi nombre en clase y yo sabía que su apellido era Evans porque ya lo habían mencionado. Pero ambos sabíamos que yo no había prestado atención a su presentación.

—Me llamo Jeremy Evans. —me ofreció la mano. —
Mucho gusto.

Miré su mano estirada. Lo dudé pero al final le devolví el apretón.

—Mucho gusto. —repetí.

Volvió a sonreír. Y por todo lo ocurrido me sentí incómodo en ese instante y lo único que hice fue retirar mi mano de inmediato. Él pareció notarlo pero no dijo nada. Sólo se limitó a terminar su hamburguesa. Lo imité.

La siguiente clase también la compartimos. Pero para mí mala suerte Ethan estaba allí. Su primo estaba tan empeñado en que Jeremy no tuviera contacto conmigo que no se soltó de él durante todo el bloque completo y ambos se sentaron al otro extremo del salón. A veces,



cuando sólo me daba por mirar, Jeremy me devolvía una mirada abatido, como disculpándose por dejarme solo en clase. ¿A caso creía que eso me afectaba?

Aunque no hubo dinámicas ni vídeos, fueron las dos horas más fugaces de mi vida. ¡No podía creer que ya todo había terminado!

Seis horas desde el vergonzoso momento de la clase de *Lengua Materna* y ya me dirigía hacia el estacionamiento de la universidad para sentarme en la comodidad de mi coche y marcharme a descansar a casa.

EDITORIAL

Nueva luz 21.º a.

Drake Pierce es un chico que ha sufrido bullying por su orientación sexual.

Adam Parry es su ángel de la guarda.

Lucie BlackChurch no es quién dice ser.

Jeremy Evans tampoco.

Drake cree que Adam se ha enamorado, pero la homosexualidad no está permitida en el Cielo.

Y aunque el Infierno tiene planes para ambos, Adam tiene sus propios planes...

Pues Drake podría ser quién le dé vida al Anticristo...

Porque Drake es la reencarnación del soldado que mató a Jesús en la cruz.

ISBN: 978-980-7827-42-3



EDITORIAL

Nueva luz₂₁